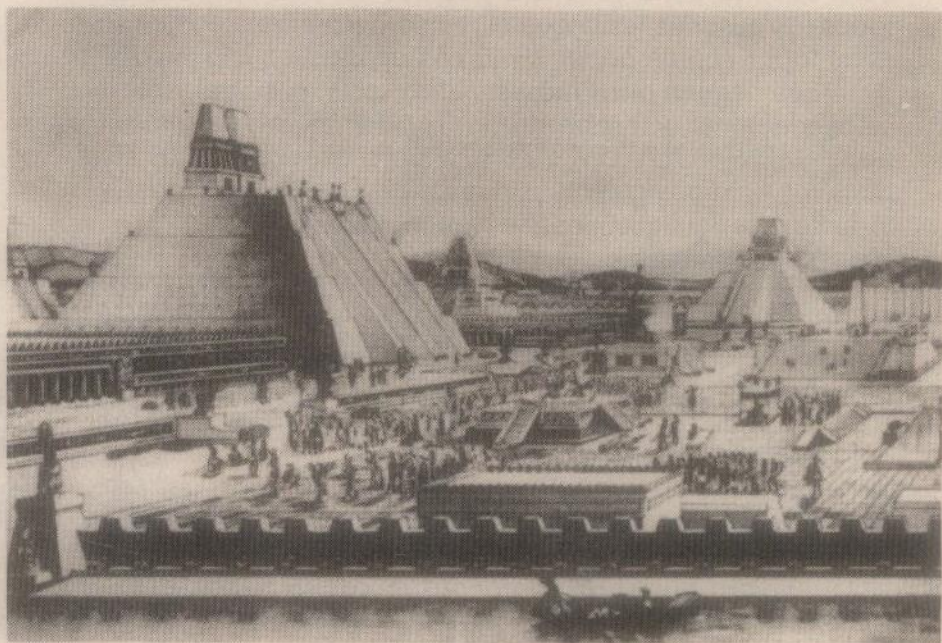


COMO ERAMOS: La Medicina

Cuando los españoles, al mando de Hernán Cortés, llegaron a México en el año 1519, se quedaron admirados de encontrar un pueblo tan adelantado como el de los aztecas. Y más sorprendidos se quedaron cuando vieron que en algunas cosas la medicina se encontraba más adelantada en nuestras tierras que en Europa.



Así era Tenochtitlan cuando llegaron los españoles.

Por aquellos tiempos los médicos europeos soñaban con encontrar un medicamento que sirviera para detener las hemorragias causadas por las heridas. Y los médicos aztecas ya conocían por lo menos 34 medicamentos diferentes para contener las hemorragias.

Los médicos aztecas podían ser hombres o mujeres. Generalmente los conocimientos pasaban de padre a hijo o de madre a hija. Sin embargo, a pesar de que en todas las profesiones existía la tendencia a mantener en secreto los conocimientos, algunos médicos famosos abrían escuelas para enseñar su ciencia.

En aquellos lejanos tiempos, lo mismo que ahora, los médicos tenían un lenguaje propio. Esto lo sabemos bien, pues cuando vamos donde un médico muchas veces no logramos comprender cuál es el padecimiento que tenemos debido a las palabras que ellos usan. Por eso quienes querían dedicarse a la medicina tenían que recibir forzosamente un aprendizaje. Si alguna persona que no había estudiado con un maestro se dedicaba a hacer curaciones, se le consideraba un charlatán y era perseguida por los médicos estudiados, tal como sucede en nuestro tiempo.

Aún hoy en día nadie puede poner en duda los grandes conocimientos que los médicos aztecas tenían en el tratamiento de las quebraduras y las torceduras en que se desacomoda un hueso. El tratamiento que aplicaban era muy parecido al que se usa hoy en día. Colocaban el hueso en forma correcta y luego cubrían la parte afectada con un emplasto que al secarse mantenía el hueso en su posición. También acostumbraban poner cuatro tablillas que amarraban con correas de cuero, a modo de vendas. Para quitar el emplasto aplicaban al enfermo baños de vapor, hasta que el emplasto se desprendía y caía solo. Pero lo más asombroso es que cuando los huesos no soldaban en forma correcta hacían una operación muy delicada: volvían a quebrar, raspaban los extremos del hueso y lo unían metiéndole una varilla de ocote que hacía las veces de los pines que se usan hoy en día.



Entablillaban los huesos rotos.



Combatían la gangrena, la erisipela y las mordeduras y picaduras de animales ponzoñosos con remedios que se daban a tomar y también aplicando cataplasmas de hierbas y raíces. También sabían diferenciar los tumores malignos y tenían tratamientos especiales para estos casos.

En los padecimientos del oído sabían distinguir desde un simple dolor de oído hasta una infección o una inflamación del oído. Y en padecimientos de los ojos su preparación era tal que les permitió diferenciar desde la conjuntivitis hasta enfermedades que necesitaban una operación. Por ejemplo, para curar el pterigio o nube de carne, que es como una telita que cubre el ojo, alzaban la telita con una espina, luego la cortaban y después aplicaban gotas del zumo de una planta, a modo de colirio.

A las heridas en la nariz le daban gran importancia. Cosían la herida utilizando un cabello en vez de hilo y sobre las puntadas aplicaban una mezcla de miel, maguey y sal. Cuando el tratamiento no daba resultado hacían un trasplante. Y si la cicatriz quedaba defectuosa volvían a repetir la operación hasta corregir el defecto. Las heridas de los labios las trataban con el mismo cuidado y usaban para esto la goma derretida del árbol de hule.

Las caries o picaduras de los dientes eran muy raras entre los indios, pero también para esto tenían tratamientos. Las curaban rellenándolas con una pasta hecha con raíces y jugos de hojas. En caso necesario sacaban los dientes dañados. Y a veces los calzaban, poniendo unas placas pequeñas de piedras como la pirita y la jadeíta.

Para evitar la picadura de los dientes recomendaban no comer cosas demasiado calientes y si se comían, no beber al mismo tiempo agua muy fría. También recomendaban limpiarse los dientes después de comer y quitar con un palito la carne que quedaba entre los dientes. Y para que no se formara sarro aconsejaban limpiarse los dientes con un paño y carbón molido y lavarse con sal. También en ocasiones quitaban el sarro con un hierro, tal como hacen los dentistas.



Los médicos aztecas también tenían grandes conocimientos en el tratamiento de las fiebres, así como de las enfermedades infecciosas, las enfermedades de la piel y las causadas por parásitos.

Desafortunadamente entre los primeros españoles que se dedicaron a relatar las cosas nuevas que encontraron en nuestras tierras no hubo un médico que supiera reconocer los grandes conocimientos de los médicos indígenas. Pero luego hubo quienes se interesaron en esto. Uno de ellos fue un fraile que aprendió la lengua de los mexicanos y apuntó los datos que le dieron ocho médicos indígenas. A él se deben los datos más directos y más antiguos que se conocen. Sin embargo, muchos de los grandes conocimientos de nuestros antepasados se fueron perdiendo con el tiempo.

